

La independencia de América Central y Francisco Morazán

Sergio Guerra Vilaboy

July 6, 2013

Casi todos los países latinoamericanos tienen figuras emblemáticas que simbolizan la epopeya de sus independencias contra el colonialismo, reverenciadas en el imaginario popular, de generación en generación, como verdaderos padres de sus respectivas patrias. Basta solo mencionar los nombres de Toussaint Louverture, Miguel Hidalgo, Bernardo O'Higgins, José Artigas, José de San Martín, Simón Bolívar o José Martí, para que los asociemos con los artífices de determinadas naciones. En los países de América Central, ese sitio le corresponde en propiedad al general hondureño Francisco Morazán.

A diferencia de las otras personalidades latinoamericanas mencionadas, la trascendencia de Morazán y su reconocimiento histórico no se debe al papel jugado específicamente en la emancipación de España, sino por su labor posterior, en los años de existencia de la Federación del Centro de América (1823-1840). Imbuido de lo mejor del pensamiento ilustrado, el general hondureño, luchó desde muy joven por llevar adelante las tareas pendientes de la emancipación y, al mismo tiempo, impedir la desmembración del gran estado centroamericano en pequeñas repúblicas.

Esos convulsos primeros momentos de vida independiente de América Central estuvieron marcados por los tempranos apetitos recolonizadores de Inglaterra y Estados Unidos sobre la región y las enconadas luchas entre liberales y conservadores. Las sangrientas confrontaciones intestinas se producían no sólo en el ámbito de la federación, sino incluso a escala de sus pequeños estados - Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y, en menor medida, Costa Rica-, contexto en el que Morazán se convirtió en el adalid -y luego en mártir- de la unidad centroamericana y en abanderado de transformaciones sociales y políticas que permitieran el desarrollo centroamericano, lo que lo encadena directamente al proceso nacional liberador abierto en 1810.

El singular papel histórico de Morazán, se relaciona, a fin de cuentas, con las especificidades de la evolución colonial de América Central. Aquí, el avance de la conquista española no estuvo motivado como en otras partes de Hispanoamérica -sobre todo México y Perú-, por la existencia de fabulosos yacimientos de oro y plata, pues el único aliciente lo constituyó la tierra y la explotación de las numerosas poblaciones indígenas, indispensables para el fomento de enormes haciendas autosuficientes. Para lograrlo, los conquistadores y encomenderos sojuz-

garon a la población autóctona y aprovecharon buena parte de su organización social. Pese al despojo e inhumanos sistemas de expoliación implantados por los invasores europeos (repartimientos, encomiendas, mandamientos), muchas comunidades indígenas lograron preservarse en ciertas zonas de Centroamérica, manteniendo sus tradiciones y cultura.

Así se conservó la sociedad aborígen al lado de la española, más tarde también la criolla y la ladina (mestiza). Las comunidades autóctonas se convirtieron en una gran reserva de fuerza de trabajo –y tierras- para una economía sustentada en los servicios personales y tributos de los aborígenes, cuya mayor recaudación provenía, a fines de la etapa colonial, de los abundantes pueblos de origen maya: Guatemala (50%), Chiapas (18%) y El Salvador (14%). De este modo, la zona septentrional de América Central, donde se asentaba la población indígena más numerosa y de mayor desarrollo económico social relativo, devino en el eje de la colonización centroamericana y, desde muy temprano, en su área medular.

En esas condiciones, se vertebró la Capitanía General de Guatemala (1542) –integrada por las provincias de Chiapas (con Soconusco), Guatemala (que incluía Sonsonate y San Salvador), Honduras, Nicaragua y Costa Rica-, considerada por la ausencia de minerales preciosos una colonia de menor importancia. Volcadas sobre las costas del Pacífico –dada la mayor hostilidad climática del litoral Atlántico, dominado por poblaciones más atrasadas e insumisas (caribes, zambos y misquitos)-, el también conocido como Reino de Guatemala se caracterizó por la débil vinculación a los circuitos comerciales coloniales y el aislamiento entre sus provincias. A principios del siglo XIX, la Capitanía de Guatemala se había convertido en un verdadero baluarte de esa sociedad precapitalista –con un estratificado sistema de privilegios y de relaciones serviles, amparado en un régimen jurídico de raigambre feudal- en el que sobresalía la aristocracia criolla conservadora.

Temerosa de un levantamiento de las masas explotadas de indígenas y mestizos –como el que había sacudido Nueva España con Hidalgo y Morelos-, la aristocracia criolla de la Capitanía General de Guatemala mantuvo su fidelidad a las autoridades tradicionales durante todos los años de la crisis española iniciada con la invasión napoleónica. En ese lapso, solo hubo conatos aislados de rebeldía, entre ellos el ocurrido en El Salvador, el 5 de noviembre de 1811, o la frustrada conspiración del convento de Belén en Guatemala (1813).

Estimulados por la sublevación de Hidalgo, los salvadoreños se apoderaron el 5 de noviembre de 1811, y durante un mes, del gobierno local, en reclamo de menos impuestos y la suspensión de restricciones burocráticas. El movimiento fue secundado por los habitantes de la provincia ganadera de Nicaragua, y en menor medida por los de la ganadera y minera de Honduras, entre 1811 y 1812. Un motín similar al anterior se repetiría en El Salvador en 1814.

Tanto en El Salvador como en Nicaragua el incipiente movimiento revolucionario fue apaciguado por la elite criolla conservadora. En la provincia salvadoreña el movimiento era encabezado por el cura José Matías Delgado (1767-1832) y el hacendado Manuel José Arce (1787-1847), quienes entonces apostaban al posible beneficio de las reformas liberales gaditanas. En Nicaragua, el proceso tenía a la cabeza al intendente León Juan Argüello y el sacerdote Tomás Ruíz.

La resistencia popular a las tropas realistas se prolongó en Granada hasta el 21 de abril de 1812.

Una conspiración, al parecer dirigida a proclamar abiertamente la independencia de España, abortó en el convento de Belén (Guatemala) el 23 de diciembre de 1813. El complot, que congregó a eclesiásticos, oficiales de milicias e intelectuales criollos como el ya mencionado sacerdote nicaragüense Tomás Ruíz y el alférez guatemalteco José Francisco Barrundia (1784-1854), tenía conexión con José María Morelos y planeaba imitar el movimiento revolucionario novohispano al levantar las milicias locales y sublevar a los mayas de los Altos y Verapaz.

El 24 de enero de 1814 la población salvadoreña se levantó de nuevo contra las autoridades españolas. Guiadas por el capitán Pedro Pablo Castillo y el propio Manuel José Arce, el movimiento se irguió en protesta por las arbitrariedades y despotismos del cuerpo de voluntarios y del intendente. Los amotinados llegaron a organizar milicias armadas de palos y machetes, aunque las oportunas concesiones del poder colonial aplacaron en esta ocasión el conato revolucionario.

Pero los sucesos desencadenados en el vecino Virreinato de Nueva España, a partir de la proclamación del *Plan de Iguala* el 24 de febrero de 1821, causaron un enorme impacto en toda la América Central. La mayor repercusión se produjo en la provincia capital, Guatemala, que por su abundante población indígena y características socio económicas, repetía la estructura del sur de México (Oaxaca y Yucatán).

Al igual que hizo la aristocracia criolla de Nueva España, la elite señorial guatemalteca, beneficiada con grandes mayorazgos y la explotación servil del indio, mantuvo una incondicional fidelidad a España para alejar cualquier contagio revolucionario. Sólo algunos hacendados salvadoreños dedicados a la producción de índigo, que conformaban el sector propietario más vinculado a la economía mercantil en el istmo, fueron capaces de buscar otra alternativa.

Detrás de la actitud revolucionaria de los hacendados y comerciantes criollos de El Salvador se encontraban las restricciones coloniales al principal rubro de exportación de la capitanía y las afectaciones derivadas de su extrema dependencia de los comerciantes monopolistas de la ciudad de Guatemala, adueñados de las rutas, mercados y el financiamiento de los cultivos. Junto a intelectuales liberales, pequeños comerciantes y otros exponentes de las capas medias criollas, los grandes propietarios salvadoreños protagonizaron las principales protestas y conspiraciones anteriores a la coyuntura de los años veinte.

Sin embargo, estos sectores radicales, nucleados en El Salvador y Honduras, estaban aislados y no consiguieron alterar la desfavorable correlación de fuerzas, ni hacer avanzar la lucha por la independencia, hasta que la rancia aristocracia señorial de la provincia capital decidió actuar por su cuenta y seguir el ejemplo de la elite novohispana. A favor de ese proceso de transición por una vía incruenta, concertado con las autoridades españolas, actuó el triunfo liberal en España y los acontecimientos del vecino Virreinato de Nueva España, del que siempre la capitanía había dependido.

Para decidir sobre el futuro de la colonia, el capitán general Gabino Gaínza convocó, el 15 de septiembre de 1821, a un cabildo de notables y acaudalados

propietarios, entre ellos el arzobispo Ramón Cassaus, el marqués Mariano de Aycinena –él único con título nobiliario en la Capitanía-, Mariano Beltranena, José Cecilio del Valle (1780-1834) y los curas José María Castillo y José Matías Delgado.

La reunión quedó bajo el control de los *gazistas*, grupo conservador monarquista formado por representantes de los terratenientes enfeudados guatemaltecos su vocero era el periódico *El amigo de la Patria*, editado por el hondureño José Cecilio del Valle, contrario a la independencia, que contaba con el apoyo de las autoridades españolas, comerciantes monopolistas y artesanos de la capital. Estos últimos estaban preocupados por la demanda liberal del comercio libre, y perjudicados con la apertura del intercambio con los ingleses por Belice.

El surgimiento de las primeras agrupaciones políticas centroamericanas fue posible por la coyuntura abierta en la metrópoli por la revolución de Riego en 1820 y la reimplantación de la constitución de Cádiz. En ese contexto apareció en Guatemala la llamada *Tertulia Patriótica*, que reunía a intelectuales y comerciantes en casa del ya mencionado cura español José María Castillo.

Entre los miembros de este grupo liberal, conocido como cacos o fiebres, que cada vez más se inclinaba a la independencia de España, figuraban Pedro Molina (1777-1854), José Francisco Barrundia, Manuel Montúfar (1791-1844) y Vicente García Granados. Desde el 24 de junio de 1820 publicaron el periódico *El Editor Constitucional* al que siguió después *El genio de la Libertad*, donde criticaban a Fernando VII y abogaban por las libertades ciudadanas.

Pero la dirección de los acontecimientos en la América Central estuvo en sus comienzos en manos de los ricos criollos guatemaltecos, encabezados por el marqués Mariano de Aycinena, aliados a las autoridades españolas y al propio capitán general Gabino Gainza. En medio de ruidosas manifestaciones por las calles de la capital, que exigían la independencia, alentadas por el ala liberal de la propia elite criolla, encabezada por el cura salvadoreño José Matías Delgado y el teniente de milicias guatemalteco José Francisco Barrundia, el cabildo capitalino no tuvo otra disyuntiva que aprobar, el 15 de septiembre de 1821, la separación de España.

El acta de independencia, redactada por el intelectual moderado hondureño José Cecilio del Valle, reconocía que, “oído el clamor a viva la Independencia que repetía de continuo el pueblo que se veía reunido en las calles, Plaza, Patio, corredores y Antesala de este Palacio”, se optaba por la ruptura con España “para prevenir”, según indicaba el documento, “las consecuencias que serían temibles en el caso de que la proclamase de hecho el mismo pueblo”¹.

Para acorralar a los exaltados patriotas de El Salvador y Honduras, cobró fuerza entre la aristocracia conservadora de Guatemala la idea de anexar la capitanía al recién fundado Imperio Mexicano, pues la colonia carecía de un ejército propio que pudiera defender el statu quo. Por ese motivo, el 5 de enero de 1822, Gainza, en su nueva condición de *Jefe Político Supremo de las Provincias del Centro de América*, aceptó el *Plan de Iguala* y el *Tratado de*

¹ Citado por [Dalton, Roque (1965)], p. 58. Véase también [Díaz Castillo, Roberto (1969)], p. 44.

Córdoba –firmado el 24 de agosto de 1821, por el representante de España, en esa ciudad novohispana reconociendo al Imperio mexicano- y que, disolvió la junta constituida en la capital y solicitó a Agustín de Iturbide la ocupación militar del istmo.

Casi todos los núcleos elitistas centroamericanos respaldaron en principio el plan anexionista: consideraban al sistema monárquico la mejor garantía a sus privilegios. En Nicaragua, el propio obispo Nicolás García Jerez se adelantó a los acontecimientos y, el 13 de octubre de 1821, ordenó jurar fidelidad a Fernando VII como “Emperador americano”². Lo mismo hizo el ayuntamiento de Quezaltenango el 15 de noviembre.

La anexión a México, de acentuada inspiración conservadora, coincidió con las propias ambiciones de Iturbide. El gobernante del recién creado régimen imperial mexicano comunicó a Gainza que una división de su *Ejército Triguarante* marchaba hacia Centroamérica

“para proteger la causa de la religión, independencia y unión” y oponerse a la “manía de innovaciones republicanas”, pues “el interés actual de México y Guatemala es tan idéntico e indivisible que no pueden erigirse naciones separadas e independientes sin aventurar su existencia y seguridad”³.

De esta manera, la proclamación de la separación centroamericana de España se realizó “desde arriba”, sin confrontación armada ni participación popular; vinculada al proceso contrarrevolucionario que había conducido al establecimiento de un régimen monárquico independiente en México. Con la anexión de la antigua Capitanía General de Guatemala, la jurisdicción del Imperio de Iturbide se extendió desde Texas hasta la frontera con Panamá. José Martí, que conoció Guatemala medio siglo después, dejó una exacta evaluación de este proceso de corte conservador:

“Guatemala, la residencia del Capitán General, era la más poderosa y la más rica, -y por ello provocaba la envidia y el odio-. En esa situación, se proclamó la independencia, sin esa vigorosa agitación tan necesaria en las nuevas épocas políticas para sacudir y lanzar lejos de ellas el polvo de las épocas muertas”.

“La Independencia, proclamada con la ayuda de las autoridades españolas, no fue más que nominal, y no conmovió a las clases populares, no alteró la esencia de esos pueblos -la pureza, la negligencia, la incuria, el fanatismo religioso, los pequeños rencores de las ciudades vecinas: solo la forma fue alterada”⁴.

Los proyectos anexionistas de las elites criollas de México y Guatemala, aliadas a los círculos peninsulares, desataron airadas protestas en toda Centroamérica –incluso Costa Rica solicitó ayuda a Simón Bolívar-, aunque la mayor resistencia se

² Tomado de:[Kinloch Tijerino, Frances (1990)], p. 69.

³ Citado por[Vega, Josefa (1987)], p. 65.

⁴ [Martí, José (1961)], *Notas sobre Centro América*, T. XV, pp. 9-10.

vertebró en El Salvador, la provincia más vinculada al comercio de exportación. Encabezados por el cura Delgado, los salvadoreños proclamaron la independencia, tanto de España como de México, y abolieron la esclavitud, institución que no constituía en ninguna parte de la región centroamericana el sostén de la economía. En toda el territorio había entonces unos mil esclavos, 700 de ellos concentrados en la plantación azucarera de San Jerónimo de Verapaz.

El improvisado ejército formado por el salvadoreño Manuel José Arce con los peones e indios de las haciendas, fue derrotado por las experimentadas tropas mexicanas del general italiano Vicente Filísola el 9 de febrero de 1823, tras perder los combates de Guazapa y Guayabal. Pero las noticias de la caída del Imperio de Iturbide, ocurrida diez días después, junto a los levantamientos y protestas en varias provincias centroamericanas, despejaron el camino a la apertura de un congreso propio en Guatemala, el 24 de junio de 1823, el cual no tardó en proclamar la independencia absoluta de las Provincias Unidas del Centro de América (1 de julio). El 22 de noviembre de 1824, los diputados emitieron la constitución de la República Federal de Centroamérica —la provincia de Chiapas quedó unida a México— y cinco meses más tarde escogieron al primer presidente en la persona del salvadoreño Arce.

Hay que agregar que cuando se encontraba en Estados Unidos, a donde había viajado en busca de ayuda tras la derrota sufrida ante las fuerzas de Filísola, el prócer salvadoreño Manuel José Arce, próximo a ser el primer mandatario centroamericano, se comprometió con los emigrados cubanos en Filadelfia con un plan para lograr la independencia de Cuba. El mismo se basaba en conseguir el respaldo de América Central y México, país este último que debía contribuir con un millón y medio de pesos procedentes de un reciente empréstito. Con ese propósito, Arce salió de New York hacia México el 18 de octubre de 1823.

En carta al ministro colombiano Pedro Gual, para presentarle a la comisión de cubanos (Gaspar Betancourt Cisneros, Fructuoso del Castillo, José Aniceto Iznaga y el rioplatense José Antonio Miralla) que marchaba a Bogotá para buscar también el apoyo de Bolívar, fechada el 21 de noviembre de 1823 en Maracaibo, el quiteño Vicente Rocafuerte dejó testimonio de estos planes cuando escribió:

“Acabo de llegar a este país; y el principal objeto de mi venida ha sido ver este puerto, y anunciar a Ud. una especie de diputación de la Isla de Cuba, compuesta de los señores Arango, Iznaga, Betancourt y Castillo, que a nombre de los jóvenes cubanos vienen a pedir protección a la República y suplicar los libres del yugo godo. Los acompaña también un joven residente en La Habana: éste se llama Miralla, quien por su talento y viveza tiene un gran influjo en aquella ciudad. El negociado ha tomado origen de Filadelfia, entre Salazar, el General Dn Manuel José Arce y yo. Hablando del Castillo de San Juan de Ulúa, se me ofreció decir que el único modo de rendirlo, era conquistar la isla de Cuba y fijar allí el nuevo sistema de Independencia, aprovechándonos del gran partido que se ha formado a favor nuestro, desde dos años a esta parte. La idea gustó mucho al

General Arce, quien contestó que tenía listos en San Salvador los cuatro mil hombres que componían el ejército que él mandó y levantó contra las tropas de Iturbide; que sólo le faltaba el dinero y algunos oficiales de artillería, para realizar la expedición; que para este objeto se podría conseguir en México un millón y medio de pesos, pues acababa el nuevo gobierno de efectuar en Londres un empréstito de 22 millones de pesos, por medio de la Casa Mignoy y Echevarría, de Veracruz. Salazar, entonces nos dijo, que la República, podría también cooperar a la conquista de Cuba; porque calculaba que las plazas de Maracaibo y Puerto Cabello quedarían evacuadas en todo noviembre, y que sería muy útil a la República, enviar fuera de su territorio, parte de la mucha tropa que le sobraría; que mientras más fuerzas presentásemos, menos resistencia harían los españoles, y mayor estímulo tendría el fuertísimo partido de cubanos independientes. Después de una larga discusión, resolvimos: que el electo Presidente de Guatemala [se refiere a la recién creada federación centroamericana, SGV], el General Arce, iría a tomar posesión de su empleo, pasando por la ciudad de México, conferenciando con sus jefes y proporcionándose el dinero necesario para alistar 4 ó 5,000 hombres. Que los cubanos y habaneros que se hallan en los Estados Unidos promoviendo la independencia, y buscando inútilmente auxilios en esos helados países, se pusieran en camino para Santa Fe de Bogotá con cartas de recomendación para usted. El General Arce salió de New York para Tampico, el 18 pasado. Yo debí irle acompañando; pero como también salía una goleta que venía a cargar cacao aquí, para seguir inmediatamente a Puerto Alvarado, me suplicó el General viniera a esta plaza, a tomar razón de los oficiales útiles que podría haber y examinar el aspecto del país y espíritu del pueblo. Es probable llegue a México a fines de diciembre. Estoy persuadido de que se realizará la expedición contra Cuba, en todo el curso del próximo febrero”⁵.

Pero las rémoras y problemas no resueltos en el conjunto de la América Central, a los que alude Martí en su texto mencionado anteriormente, determinaron, junto con otros factores, la no consecución de esta noble empresa libertadora. En última instancia, la debilidad intrínseca en la formación de la Federación del Centro América, tras la caída del Imperio de Iturbide (1823), fue el caldo de cultivo de las guerras civiles que dominaron todo el periodo posterior, hasta el colapso de la república unida y su fragmentación (1839-1840). A ese inexorable destino se llegó por el violento enfrentamiento entre conservadores y liberales, los dos sectores en que se desvertebró la clase dominante criolla acorde a sus diferentes intereses e ideologías.

Las luchas entre el poderoso sector conservador y los emergentes grupos

⁵ Tomado de [Ponte (1960)]pp. 114-116. Debe tomarse en consideración que en estos días México había solicitado ayuda militar a Colombia para rendir la fortaleza de San Juan de Ulúa.

liberales no sólo generaron conflictos al interior del estado de Guatemala, sino en todo el ámbito geográfico de América Central. En un primer momento (1828), la unidad centroamericana y un moderado programa de transformaciones liberales lograron imponerse sobre lo que el propio Martí definiera como “la teocracia arraigada en las masas indias y el núcleo soberbio de su clase principal”⁶, gracias al tesón de un general hasta entonces desconocido: Francisco Morazán.

Las principales causas de las guerras civiles que llenaron el breve periodo de existencia de las Provincias Unidas del Centro de América se relacionan, de una u otra manera, con las contradicciones entre la aristocracia señorial -cuyo baluarte era el estado de Guatemala, capital de la extinguida Capitanía-, aliada a la iglesia en defensa de los privilegios heredados de la época colonial, y los sectores emergentes, menos comprometidos con el viejo régimen -dedicados a la producción de índigo y algunos otros pocos productos de exportación-, asentados en el estado de El Salvador o en otras áreas de Centroamérica. No obstante sus apreciables diferencias en cuanto a ideología e intereses económicos, ambos sectores estaban ligados por un denominador común: su status de privilegio sobre las masas indígenas y ladinas.

Los primeros conflictos internos estallaron por el problema de jurisdicción administrativa entre el gobierno del primer presidente de la federación, Manuel José Arce, extendido hasta 1828, y el ejecutivo del Estado de Guatemala, encabezado de 1824 a 1827 por Juan Barrundia. Las pugnas se agravaron con la destitución de Barrundia y su relevo por Cirilo Flores.

Para tratar de evitar nuevos roces con el gobierno central, Flores buscó refugio en Quezaltenango, villa donde estaba el más fuerte núcleo del balbuceante liberalismo guatemalteco. Aquí las contradicciones se avivaron con el clero; Flores fue asesinado en 1827 por fanáticos religiosos y ocupó entonces su puesto un miembro de la elite conservadora, Mariano de Aycinena, quien presidiría el gobierno de Guatemala hasta 1829.

Las crecientes luchas entre el sector más conservador de la elite criolla y el ala liberal no sólo generaron conflictos al interior de Guatemala, sino también en todo el extenso ámbito de la federación. Ante las arbitrariedades del presidente Arce -que había impuesto a Aycinena en el gobierno guatemalteco-, los liberales salvadoreños y hondureños se sublevaron e invadieron Guatemala. Tras la derrota liberal en Arrazola, la guerra se volcó sobre el territorio salvadoreño, atacado el 12 de mayo por los efectivos federales guiados por el general conservador Manuel Arzú.

Después de algunos vaivenes, la lucha se inclinó a favor de los rebeldes gracias al arrojo y genio militar de un general hondureño hasta entonces desconocido: Francisco Morazán. El 6 de julio de 1828 Morazán ganó la batalla de la hacienda de Gualcho y liberó la angustiada plaza de San Salvador. A continuación, reorganizó a sus partidarios en el Ejército Aliado Protector de la Ley y pasó a la ofensiva en enero de 1829, asestando un golpe demoledor a las fuerzas del gobierno federal, comandadas por el general conservador Antonio de Aycinena, que le abrió las puertas de Guatemala (abril).

⁶ [Martí, José (1961)] en *Patria*, Nueva York, 22 de septiembre de 1894, T. XX, p. 108.

Tras su victoria, Morazán emprendió la tarea de consolidar el triunfo liberal. Los principales jefes conservadores fueron encarcelados; en Guatemala el gobierno estadual volvió a manos de Barrundia, mientras su hermano José Francisco ocupaba, a título provisional, la dirección de la federación, en sustitución del depuesto presidente Arce. De inmediato se adoptaron algunas disposiciones anticlericales, entre ellas la abolición del fuero eclesiástico y la supresión de órdenes religiosas. Después Morazán fue electo presidente de la federación, cargo que ostentaría durante diez años.

El artífice de la primera reforma liberal en Guatemala fue Mariano Gálvez, quien en 1831 ocupó la máxima magistratura de ese Estado. A partir de su segundo mandato, iniciado en 1836, dictó una serie de reformas, entre ellas la supresión del diezmo, el restablecimiento del registro civil y la abolición de la llamada Ley de la Vagancia (1829), que obligaba a los indios a trabajar en las haciendas. Sin embargo, las leyes agrarias de Gálvez, tendentes a la ampliación de la pequeña propiedad campesina, no sólo afectaron a los grandes terratenientes enfeudados sino también los derechos ancestrales de los aborígenes sobre sus tierras comunales.

La amenaza que pendía sobre los resguardos estimuló las protestas de las masas indígenas, movimiento que fue capitalizado por la aristocracia conservadora y el clero. Al final se produjo un gran levantamiento en el oriente de Guatemala, nutrido fundamentalmente de indígenas, a cuyo frente figuraba un joven caudillo ladino: Rafael Carrera.

La rebelión conservadora fue contrarrestada por los efectivos de Morazán, así como por los pocos seguidores del presidente Gálvez. Acosados por las huestes de Carrera y por una parte de los propios liberales, Gálvez buscó refugio en México. Entretanto, en Quezaltenango se constituyó, el 2 de febrero de 1838, como último recurso para detener a los conservadores, el estado de Los Altos. Aquí Carrera aplastó dos veces a los liberales. En 1840, la segunda vez, al grito de ¡Viva la religión y mueran los extranjeros!, los seguidores de Carrera entraron a sangre y fuego en Quezaltenango y fusilaron en masa a decenas de sus adversarios.

El triunfo conservador en Guatemala, sin duda el Estado más poderoso del istmo, puso en crisis la existencia de la Federación, que no tardó en desintegrarse en las actuales cinco repúblicas de América Central: Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica. La propia Guatemala rompió el ya inexistente pacto federal el 17 de abril de 1839.

Ese dramático final fue sellado con la derrota de Morazán por las fuerzas de Carrera el 19 de marzo de 1840. Tras nuevos enfrentamientos entre liberales y conservadores centroamericanos en los años siguientes y un frustrado intento de reunificación que costó la vida al propio Morazán el 15 de septiembre de 1842, el general Carrera quedó convertido no sólo en el hombre fuerte de Guatemala—incluso su presidente— sino también de toda América Central.

Esta atribulada historia explica que Francisco Morazán quedara en el imaginario de la región como lo más avanzado del pensamiento de su época, pues pretendió modificar el atrasado e injusto orden económico-social, e incluso jurídico, heredado de la época colonial y, al mismo tiempo, preservar la independencia

nacional y la precaria unidad centroamericana. Pero sus aspiraciones chocaron con la extendida sublevación conservadora y del clero, encabezada por el hábil caudillo iletrado Rafael Carrera, que incluso logró concitar cierto apoyo indígena a su causa.

La derrota de Morazán a manos de las fuerzas de Carrera en 1840, y su ejecución dos años después, culminó ese fatal desenlace. José Martí, que conoció personalmente la realidad centroamericana, también nos dejó su evaluación de este trágico giro de los acontecimientos:

“Morazán fue muerto y la unión se deshizo, demostrando una vez más que las ideas, aunque sean buenas, no se imponen ni por la fuerza de las armas, ni por la fuerza del ingenio. Hay que esperar que hayan penetrado en las muchedumbres”⁷.

References

- [Dalton, Roque (1965)] Dalton, Roque: *El Salvador (monografía)*, La Habana, Enciclopedia Popular, 1965.
- [Díaz Castillo, Roberto (1969)] Díaz Castillo, Roberto: *Proclamación de la independencia de Centroamérica: necesidad de un estudio sistemático sobre la conciencia ideológica de los años 1821-1823*, en: *Política y Sociedad*, Guatemala, Universidad de San Carlos de Guatemala, 29 de noviembre de 1969.
- [Kinloch Tijerino, Frances (1990)] Kinloch Tijerino, Frances: *Cleto Ordoñez. Boceto biográfico de un caudillo popular independentista*, en: *Revista de Historia*, Instituto de Historia de Nicaragua, n. 1, febrero-junio de 1990.
- [Martí, José (1961)] Martí, José: *Obras Completas*, La Habana, Editorial “Tierra Nueva”, 1961.
- [Ponte (1960)] Ponte: *José Antonio Miralla y sus trabajos*, La Habana, Archivo Nacional de Cuba, 1960.
- [Vega, Josefa (1987)] Vega, Josefa: *Agustín de Iturbide*, Madrid, Ediciones Quórum, 1987.

⁷ Idem, *Notas sobre Centroamérica*, T. XV, p. 10.